

El Estado del Bienestar ¿una idea funcional?

1998

Conferencia inédita de un seminario sobre el Estado del Bienestar, Barcelona, 1998.

Si nuestra voluntad es entendernos, y establecer un diálogo, lo primero que deberemos hacer es definir los términos claves, para entenderlos desde el mismo punto de vista. Aunque sólo sea durante el breve lapso de espacio-tiempo que abarca este escrito. Para esto casi será suficiente acotar únicamente el concepto de “funcional”, por ser quizá el más polémico: “**funcional**. adj. (...) 2. Dícese de todo aquello en cuyo diseño u organización se ha atendido, sobre todo, a la facilidad, utilidad y comodidad de su empleo.”(1) En relación a esta definición, “funcionalismo” podría concretarse en torno a la militancia consciente en la valoración de lo funcional por encima del resto de valores.(2)

Por tanto, en estas definiciones y para facilitar la claridad expositiva, se van a dejar de lado otras acepciones más amplias de “funcional”, con el fin de concentrarse en el estricto sentido de atención a las necesidades más físicas y corporales, materiales, excluyendo las necesidades más metafísicas y psicológicas, espirituales. De esta manera, sin haberse buscado, se acabará descubriendo que detrás de la discusión que este texto “denuncia”, de hecho, hay una concepción antropológica que coloniza el germen de toda una disputa histórica. Así pues, según lo comentado, entiéndase la palabra “funcional” como ligada a la satisfacción de esas necesidades apuntadas.

Y ya que el “tener las necesidades resueltas” se convierte en el objetivo constitutivo del Estado del Bienestar de cara a sus habitantes, se puede intuir por donde irá el verlo desde una idea funcional, cuando la facilidad, la utilidad y la comodidad se erigen como la necesidad máxima e irrenunciable. Sin embargo, esto en un contexto en el que las necesidades mínimas de existencia se ven ampliadas día a día con lo superfluo, dentro del marco del consumismo; hasta el punto de convertir la misma creación de necesidades en un necesidad; uniendo además a esta maximización de necesidades una minimización de riesgos. El neurotizante deseo de vivir con las espaldas cubiertas, lleva a depositar toda la responsabilidad personal en compañías de seguros y normativas exhaustivas, hasta el punto del histerismo. Es botón de muestra la multimillonaria indemnización que se embolsó aquella norteamericana, por no especificarse en su microondas la advertencia de que no debía usarse para secar el pelo de su perrito faldero, ya que su introducción en el horno lo hizo reventar como un globo.

En suma, valores que acaban pesando en el Estado del Bienestar: un estado seguro, sin riesgos, o de apuesta sobre seguro. Un estado en el que primarán los criterios realistas, pragmatistas y economicistas; asegurados desde los tópicos, los dineros por encima de los ideales; mientras que caen bajo sospecha los que buscan nuevas vías (despreciados como locos *outsiders*), las vanguardias rompedoras (que se perciben como boicoteadoras del *savoir faire*), la utopía (por suponer riesgos para el *statu quo*). “Sí” al alquiler de ideas, “no” al abrir brecha; “sí” a la satisfacción inmediata, “no” a la contemplación percibida como inútil; “sí” al exigir soluciones, “no” al ir por delante buscándolas uno mismo.

Arquitectura y diseño del Estado de Bienestar

Conferencia inédita de un seminario sobre el Estado del Bienestar, Barcelona, 1998.

Pues bien, es conveniente que así sea: como arquitecto y diseñador, el tema anunciado en el título se va a tratar desde el punto de vista que menos desconoce el abajo firmante, que precisamente es la arquitectura y el diseño. Y eso desde la Barcelona de 1998; espacio y tiempo concretos donde ya hace años que se cierne la sombra amenazante de la disolución del llamado Estado de Bienestar; y lo de “amenazante” viene por qué se nos ha querido presentar (vender) de esta manera, con ese halo de temor, pero ¿quién sabe? A lo mejor resulta que, en última instancia, con su desaparición salimos ganando y todo: lo que está claro es que no es precisamente la humanidad la que va a desaparecer.

Entonces... Para empezar, se abre la pregunta sobre si hay una arquitectura y diseño propios del Estado de Bienestar... Y se va a contestar enseguida... Sí. Pero para contextualizarla se deberían recordar esos valores comentados que se han mitificado sin medida alguna, y que han acabado condicionando la arquitectura y diseño. Valores que nadie pone en tela de juicio, incrustados como están en lo más profundo de la conciencia humana, por ósmosis, desde que el “bienestareense” aún es un lactante. Y, sin embargo, de hecho nadie puede forzarnos a que nos los creamos, nadie puede obligarnos a que no los pongamos en crisis, nadie puede impedirnos que acabemos con su intocable aureola.

Por ejemplo ¿acaso todos no dan por supuesto que la arquitectura y diseño deben primordialmente satisfacer lo relativo a la buena funcionalidad (facilidad-utilidad-comodidad)? Pues ya aquí mismo se han producido unos primeros sobreentendidos, pegajosos como todos los sobreentendidos, que quedan en unos niveles de consciencia (de inconsciencia) tales que no permiten ser ni discutidos: ¿quién fija que la buena funcionalidad y comodidad es justamente “la buena”, y no al revés, que la mala es en realidad la buena? Hay una serie de principios que la gran mayoría de la gente del Estado del Bienestar reclama, por que se priman unos valores sobre otros; pero así se nos venden, no de otra manera; entonces, naturalmente, acaban marcando una arquitectura y diseño concreto, distinto de otro.

¡No se tiene que dar nada por supuesto! Una arquitectura y diseño que no sea funcional es posible. Incluso que sea antifuncional: nos lo han enseñado desde los antifuncionalistas en torno al mayo del 68 (3) hasta los dadaístas y surrealistas en el albor de las vanguardias artísticas.(4)

Desde una amplísima encuesta popular (5) realizada en Barcelona sobre arquitectura, se recogió en una de sus preguntas abiertas sobre lo que se espera de un arquitecto la siguiente valoración, enormemente polarizada y coincidente en relación a las infinitas respuestas que al fin y al cabo podían haberse dado:

238	Funcionalidad y satisfacción de las necesidades
170	Edificios bellos, estéticos
128	Comodidad, utilidad, practicidad, confortabilidad
123	Respetar y adecuarse al entorno urbano
94	Originalidad
91	Solidez, seguridad, duración, casas bien hechas

[estas son las seis primeras de 188 respuestas diferentes en total]

Este orden muestra el claro sentido práctico de los barceloneses, que se inclinan explícitamente en su mayoría por la “funcionalidad”, “comodidad” y “solidez” (sin dejar de exigir “belleza” y “originalidad”). A su vez, evidencia que saben perfectamente cómo debe ser la arquitectura: también por qué 188 respuestas diferentes, más allá de las más frecuentes,

muestran que el criterio sobre la arquitectura es muy personal, y que todos quieren demostrar —con seguridad— que lo tienen. Pero al mostrar en esa misma encuesta, en general, su disgusto ante lo realizado en torno a los años olímpicos, hace pensar que toda la nueva arquitectura barcelonesa no la ven con esas características que piden; ¡sino les gustaría! Sin embargo, esas mismas características son precisamente —en teoría— algunas claves constituyentes de la arquitectura enseñada en la llamada Escuela de Barcelona. La arquitectura que aún se enseña en la Escuela de Barcelona responde —en teoría— a esas mismas características, de funcionalidad, belleza, comodidad, etc. Pero en bloque, se prefieren las obras de Antoni Gaudí, cuya emocionalidad y expresividad está en franco contraste con la racionalidad y frialdad de esas obras pertenecientes a la tendencia racional-funcionalista; ya se ve que la gente, para satisfacer lo que quiere, no tiene suficiente con la estricta resolución racional del programa funcional; se siente estafada por los arquitectos que erigen esos edificios mudos, que eluden de manera voluntaria ser simbólicos y comunicativos por cuestiones de convencimiento conceptual; edificios mudos que militan en la “prohibición” (emitida por la Academia moderna) de cualquier gesto subjetivo.

¿Curiosa contradicción, no? Por un lado, un Estado del Bienestar que prima los valores funcionales, pragmáticos, realistas, economicistas, por encima de todo (considerando incluso que ahí se juega su progreso), y que acaba ofreciendo una arquitectura y diseño ligados a esos valores. Y por otro lado, unos ciudadanos que —dando por supuesto la funcionalidad y comodidad— no renuncian a los valores humanizantes y artísticos, no quieren prescindir del sueño. ¿Por qué entonces lo funcional insiste en erigirse como guía que llega a excluir cualquier otro valor?

Pensar la arquitectura y diseño con la presencia del rastro humano

Esto es un hecho; marcado por esas sobrevaloraciones del Estado del Bienestar, ha desaparecido la iconografía (los íconos grafiados, las imágenes), la figuración, el rastro humano, aplicado a través del arte y la artesanía (en escultura o pintura, y en cerámica, madera, vidrio, metal, tela, etc.); todo lo que enriquecía los edificios, los espacios arquitectónicos y urbanos, arte y artes aplicadas, con “historias”, y los hacía comunicativos, más humanos y amables. Por qué el ser humano es social, y por lo tanto necesita comunicación, y también le conviene ver el rastro de la mano humana detrás de todo lo que le rodea; eso le hace pensar que no está solo entre máquinas sino entre seres vivos que pueden darle el calor que precisa; algo que se materializa incluso en las texturas manuales de los paramentos, pues pueden mostrar hasta el gesto del que lo ha construido. Sí, es positivo hacer las ciudades más humanas, y con ellas las viviendas o cualquier tipología edificatoria; pero también el diseño, los objetos, mobiliario, grafismo, y toda arte aplicada; es necesario dotar todo nuestro entorno (que al fin y al cabo lo define la arquitectura y diseño) de esa riqueza de vida, pues es la gente la que lo necesita. Qué diferente es un espacio totalmente liso, aséptico y vacío (¡minimalista!, ahora que todavía está “de moda” tal tendencia), a otro que desde su arquitectura y diseño anime, tranquilice y distraiga al usuario ¡que lo acompañe con vida!

Sin embargo, por suerte, ya lo subjetivo, que es expresión personal (con más énfasis en el sujeto que lo hace que en el objeto que hace), vuelve a entrar en juego cada vez más (¿será también sólo moda pasajera?). Formas expresivas a través de la simulación de un neoartesanado y de la casualidad, como coadyuvantes a la diversidad. Sobre todo desde el grafismo y la publicidad, desde el diseño industrial y de muebles, con la valoración de materiales bastos, primitivos, de lo étnico, que es una mirada a lo humano y a la riqueza del conjunto de la humanidad. Eso en el diseño, por delante de la arquitectura que tiene más inercia. (Hoy en día, con los nuevos medios informáticos, en una tarde se puede diseñar y

realizar cualquier obra gráfica, y en poco más trabajos de diseño industrial, mientras que una obra de arquitectura puede tardar años en pasar de la primera línea a la finalización de su construcción).

Como siempre, en general, es un complejo cúmulo de circunstancias las que han forzado el enmudecimiento de los edificios, las ciudades y el diseño. Por un lado la progresiva abstracción y ensimismamiento del arte, que deja de ser alusivo y literario, figurativo, y se hace más hermético y neutro, inmanente, sin metáforas. Por otra parte, esa absolutización de los valores funcionales y pragmáticos —en esta sociedad— han acabado por soterrar los simbólicos y expresivos. Cada vez más tan sólo se pide eficacia, y el triunfo de una arquitectura *sachlich*, objetiva y material, ha terminado por hacer desaparecer —ya desde los estudios universitarios— la integración de las artes en lo que hasta principios de siglo aún era “el gran arte”, la arquitectura concebida como arte total, englobadora del resto de las bellas artes y hasta de las artes aplicadas o diseño.

Y es que el arquitecto que concibe un edificio, si estuviese acostumbrado a trabajar con artistas y artesanos incluiría de manera natural ese enriquecimiento iconográfico. Pero esta manera de proceder ha desaparecido, ya desde la formación como arquitectos, puesto que no sólo ya no se exige sino que se evita por parte de sus clientes. Pues, al promotor contemporáneo le guía más el enriquecimiento económico que el humano. Si hubiese interés habría presupuesto y se obligaría a su introducción. Para esto, claro está, debería entonces haber también más cultura (no sólo cultura económica), sin la cual habría que prohibir la construcción de todos esos edificios autistas que hoy conforman nuestras ciudades, tan grises, tan frías, tan alienantes.

Sin embargo, tenemos la suerte de tener en Barcelona todas esas obras de la época modernista, que recordarán a las generaciones futuras las enormes posibilidades comunicativas que tiene —que tenía— la arquitectura. (¡Arquitectura modernista que no es otra que la misma arquitectura moderna, en sus orígenes de ruptura con la de tradición clasicista-historicista!). Esperando pacientemente épocas menos mercantilistas que entiendan como necesario para humanizar la ciudad el símbolo y la expresión, algo que las artes y el diseño pueden desarrollar ampliamente, conjuntados con la arquitectura. Sin excluir incluso las nuevas posibilidades multimedia, como el vídeo y sistemas interactivos, que pueden ofrecer facetas iconográficas insospechadas.

Al final de este siglo

“Estamos al final de un siglo; estamos en la conclusión de un periodo histórico. La humanidad está enferma, ora exaltada hasta la excitación febril, ora inerte, cansada y desalentada. Esto es cierto en las naciones civilizadas. Algo se está muriendo, algo está muerto desde hace mucho tiempo. Estamos navegando con un cadáver en la bodega”.(6)

Es curioso ver lo bien que se adecua esta cita a nuestro final de siglo, cuando en realidad ya tiene más de cien años. Pero al final de este siglo algo ya está cambiando. Valores no estrictamente funcionales se han introducido, vendidos como una necesidad, los valores ecológicos: es incómodo separar las basuras y ordenarlas para que sean recicladas. Es una inversión más cara y necesita una mínima dedicación de tiempo (el bien más escaso), incluso con una mayor exigencia de espacio. Sin embargo, poco a poco, se va educando al ciudadano para que asuma esos valores: pues, hace falta vender otros valores de la misma manera, aunque ante todo falta voluntad política. (Es tremendo, frustrante, ver que sin la clase política,

aunque se halle en la retaguardia y esté tan denostada, se es bastante impotente para introducir los cambios de progreso a todo nivel que sólo las vanguardias ven).

Sí, extender esa humanización por toda la urbe; en pro de una arquitectura metafísica, que descubra otros mundos, otras realidades, más allá de lo meramente físico; entendiendo que la realidad humana también incluye lo onírico, lo fantástico, lo utópico. Tan real y tan humano es el cuerpo y la sangre como el sueño y el deseo, y ambos pueden satisfacerse.

“Seremos dichosos cuando por fin no se crea en lo evidente y la leyenda retorne a la tierra; todo el aspecto del mundo cambiará entonces ante nuestros ojos asombrados”, recuerda Óscar Wilde, mientras que a cada uno le queda poner su granito de arena para que esto sea posible.

Al final es uno mismo, una misma, los que han de procurar el Estado del Bienestar primeramente dentro de si, y no buscarlo fuera, en valores externos; luego, persona a persona, la suma concéntrica de los que se encuentran en ese estado de bienestar es la que logra el Estado de Bienestar con mayúsculas; pero ojo, esto tanto en lo químico, como en lo físico, como en lo metafísico, que todo eso es el ser humano.

NOTAS

(1) AA.VV., *Diccionario de la lengua española*, tomo I, p. 1004, Real Academia Española, Ed. Espasa Calpe S.A., Madrid, 1995 (1992).

(2) Según “-ismo. (...) suf. de sustantivos que suelen significar doctrinas, sistemas, escuelas o movimientos”, en *ibídem*, tomo II, p. 1192.

(3) “*Es müsste die unpraktische Wohnung propagiert werden.*” / “Habría que propagar la vivienda nada práctica”, extraído de FEUERSTEIN, Günther, “Thesen zu einer inzidenten Architektur”, *Bau*, nº 2-3, p. 4, Zentralvereinigung der Architekten Österreichs, Viena, 1969.

(4) Los dadaístas —entre otras cosas— introducen los “antimecanismos”, o máquinas que no sirven para nada, como crítica a la misma eficiencia de la máquina, dueña del progreso que lleva a la autodestrucción de la humanidad. Mientras, los surrealistas se deleitan con sus “objetos de funcionamiento simbólico”, que muestra desde su antifuncionalismo la apreciación de otros valores distintos a los ligados con lo material y objetivo.

(5) Véase aquí su ficha técnica: sondeo de opinión entre personas que pasaban por la calle en todo el ámbito municipal de Barcelona (abril de 1997), realizado desde el Departamento de Historia del Arte (División I) de la Universidad de Barcelona por iniciativa personal del prof. Alberto T. Estévez (dejando constancia de que se actúa sin pretensión alguna de representar ni al Departamento ni a la Universidad), y con un total de 36 encuestadores (estudiantes universitarios del mencionado Departamento). Muestra de 1.142 a 1.485 personas (según preguntas), repartidas en 6 grupos de edades consecutivas (de 15 años cada uno), de 0 a 90 años. Margen de error del $\pm 3\%$. El cuestionario contiene cinco preguntas abiertas (la 1, la 2, la 3, la 4 y la 8), dos preguntas dicotómicas (la 5 y la 7), y una pregunta (cuatro en realidad: la 6) cerrada a cuatro respuestas.

(6) TSCHUDI MADSEN, S., *Art Nouveau*, p. 30, Madrid, Guadarrama, 1967